

**GREGORIO LURI**

**LA  
MERMELADA  
SENTIMENTAL**

Prólogo de  
**IGNACIO PEYRÓ**





Gregorio Luri

# La mermelada sentimental

Cinco años de artículos en *The Objective*

*Prólogo de Ignacio Peyró*



© El autor y Ediciones Encuentro, S.A., Madrid 2021

© del prólogo: Ignacio Peyró

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, nº 86

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Cofás-Madrid

ISBN: 978-84-1339-067-3

Depósito Legal: M-11163-2021

*Printed in Spain*

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa  
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

[www.edicionesencuentro.com](http://www.edicionesencuentro.com)

# ÍNDICE

PRÓLOGO. LA LIRA Y EL CLAXON .....	9
RELATO CAPRICHOZO DE CINCO AÑOS DE HISTORIA COLECTIVA .....	13
LA TENDENCIA A LA MERMELADA SENTIMENTAL.....	25
Nuestra querida indignación moral .....	26
Las Arginusas.....	27
Los derechos inaguantables o «the era of the Drama Queens» .....	28
Meditación sobre Caperucita Violeta.....	29
Lope no preludia nada .....	31
El psicosocialismo .....	33
El miedo, una pasión contemporánea.....	35
La Edad del sentimiento .....	36
EL NIHILISMO MANSO .....	39
El oso .....	40
El héroe que podemos soportar.....	41
Todo lo fluido se desvanece en la muerte .....	42
Meritocracia, mesocracia... y el <i>Lucky Sperm Club</i> .....	43
¿La tiranía del mérito? .....	45
El capitalismo cognitivo .....	49

A las puertas del trans-yo .....	52
Memónides de Moronea en la Feria del Libro.....	53
MI QUERIDA ESPAÑA.....	57
El mapa de un país desconocido.....	58
The Partisan .....	59
De profundis.....	60
El Valle de los Caídos .....	62
¡Qué hermosa fue la revolución! .....	63
Choque de trenes.....	64
Patria .....	65
Cosas que he aprendido del <i>procés</i> .....	67
Una carta foral en el bolsillo .....	68
AMLO y la probidad.....	69
Sobre el liberalismo en tiempos de cólera.....	71
Voy a hablar de nuestra patria .....	72
Hay más antimonárquicos que republicanos.....	74
MIS QUERIDOS ESPAÑOLES.....	77
Una lección para la CIA. Don Cándido Nocedal .....	78
Libre por defunción. Rita Barberá .....	79
Los olvidados.....	81
Armonía del vivir pensando.....	82
Mi memoria es propiedad del Estado. Carmen Brufau .....	84
La gloria es un olvido aplazado .....	85
Marina y Caroline .....	87
Maeztu: la cicuta y el olvido .....	89
El último tipo de Europa. Paquiro.....	91
Proletarios de todo el mundo, perdonadnos.....	93
La utopía imposible de Ramón Mercader .....	95
Bajo el volcán .....	96
Mirando hacia la Transición sin ira .....	98
El Pla nuestro de cada día.....	101

Recordando un olvido .....	103
¡Españoles! ¡A mojar! .....	104
Desenterrando a Pemán.....	106
ECOLOGÍA HUMANA. NATURALEZA	
Y DIGNIDAD.....	109
La dehiscencia.....	110
El silencio de los espacios infinitos.....	111
La invasión de las no-cosas .....	112
Una herencia inquietante.....	113
El otro del otro .....	114
El suicidio de los indios de Vaupés .....	116
La risa triste.....	117
Dignidad.....	119
El olvido del don .....	121
Las aves de Hannón .....	123
El gallo de Sócrates (lo que realmente ocurrió) .....	125
Rerum senilium .....	127
DEL ANIMAL POLÍTICO .....	
Elegía del gobernante perfecto.....	132
We, the people .....	133
Verdades ponzoñosas y mentiras saludables.....	135
Just a Little Killer .....	136
La abuela de Leo Strauss .....	137
Teoría del soberano.....	139
«Mamuška, mamuška...» .....	140
¿Queréis saber qué es la democracia? .....	142
Una promesa imposible de cumplir .....	143
Teoría (apresurada) del centro .....	146
PARERGA .....	
Reflexiones caóticas sobre la superioridad moral.....	152
Elogio incondicional del pan.....	154

El fin de la historia ya tuvo lugar.....	156
El enemigo se llama enemigo .....	159
Entre pin, pan y pun .....	162
El futuro de la arrogancia .....	164
Cuento posnavideño .....	166
SER CONSERVADOR .....	171
El giro lingüístico de la revolución.....	172
El capitalismo es una buena idea... que ha sido mal aplicada ..	174
Consejos — no solicitados— para conservadores con prisas ..	175
Twitter en Pompeya.....	179
LA FAMILIA Y LA EDUCACIÓN.....	183
Guardián de mi hermano.....	184
Instrucciones elementales para ser una familia perfecta.....	185
Siempre hay algo que va mal .....	186
De vuelta (y media) a la escuela .....	188
Ya solo creo en Lou Reed y en la lucha de clases .....	190
¿Para qué sirve lo inútil?.....	192
Acting White.....	194
Conocimiento y poder.....	195
La educación, en números rojos .....	197
Vindicación de la memoria .....	201
10 tesis sobre el videojuego .....	204
El consentimiento y el puritanismo .....	207
El deber moral de ser inteligente .....	209
DE LAS FORMAS DE LA FE .....	211
El logos inaudito.....	212
El plural de Dios.....	214
Jueves Santo en Oranienburg.....	216
FECHA DE PUBLICACIÓN DE LOS ARTÍCULOS.....	221



## PRÓLOGO

### LA LIRA Y EL CLAXON

La oscuridad no es el único beneficio espiritual del trabajo del editor, siquiera sea en su versión, más modesta, de editor de periódicos. A veces uno ve que ha cuajado una buena sección. A veces es imposible no relamerse intelectualmente tras leer —recién cortado del árbol— algún artículo maestro, con ese privilegio extra de verlo antes que nadie. Otras veces, en fin, miramos atrás y —que los autores nos perdonen— comprobamos, por decirlo con Pla, lo bien que avanza ese caballo por el que apostamos en su día. Por supuesto, el desdén a las miserias que puede acarrear el oficio conlleva el peaje de reprimirnos a la hora de dejar pública constancia de sus ventajas. Pero en todo hay excepciones, y saludar el nuevo libro de Gregorio Luri —y celebrar el honor de prologarlo— bien merece esta consideración de excepcional.

Por eso no pasará nada por revelar uno de los beneficios menos predecibles del editor, lindante con lo demasiado humano: si el traductor conoce los pliegues y entretelas de una escritura, el editor tiene acceso directo al telar del escritor, al taller donde conviven el pan de oro y las virutas, las tardes planas de inspiración y los accesos de energía. Cada mes trata uno con entre cuarenta y cincuenta articulistas, y aunque la experiencia humana sea universalizable, cada humano singular es, exactamente, de su padre, su madre y sus hábitos. Y lo es hasta el final. Quien es tardón, es tardón siempre. Quien entrega pronto, entrega pronto siempre. Y

al poco empiezas a saber que ese articulista que te ha mandado un texto a los cinco minutos te lo volverá a mandar con una pequeña corrección, que el de más allá dedicará a su pieza media mañana del domingo, y que todavía otro llegará jadeando a entregar cuando se acaba el día. En *The Objective*, donde hay que tratar con gentes de gran valía y, en algunos casos, gentes de valía excelsa, esta pequeña comedia humana no deja de ofrecer su fascinación.

Es posible, sin embargo, que en esas zalamerías o tiranteces del trato haya una puerta abierta para la mediocridad. El editor, *homme pressé* donde los haya, puede confiar demasiado en que lo mejor es enemigo de lo bueno y, en consecuencia, valorar más la disponibilidad del autor, su rapidez, su diligencia para cumplir con un encargo o, simplemente, su afabilidad y cercanía. Cierto: Gregorio Luri es el colaborador que todo editor querría. No falla nunca, es puntual en el día y hasta en la hora; sus textos, limpios de polvo y erratas, parecen haber pasado una y otra vez bajo la lupa de los correctores más inquisitivos. Todo esto es estupendo y, si me apuran, virtuoso, y además Gregorio es hombre (aunque navarro) cordial. Pero hay lugares a los que no llegan la insistencia y el aseo. Si los artículos de Luri aterrizasen a deshora, si tuviesen las comas salpimentadas aquí y allá; si su autor tuviese una de estas vanidades expansivas y ofensivas o se dedicase a asustar ancianitas por la calle... no lo duden: sus artículos seguirían siendo, por usar un término más cercano a la vida que a la crítica, una gozada. Pla habla de la exaltación silenciosa del escribir, pero también hay una exaltación silenciosa en el leer, y es algo que ocurre con gran frecuencia cuando miro el correo y me bajo el artículo de Luri.

Nada de lo dicho hasta ahora quiere ser una justificación del mito del artista amoral: solo quería, con una pequeña reducción al absurdo, señalar una paradoja. Hay una gracia superior a la que no se llega solo con repetición y esfuerzo. Sin duda, en el caso de Luri, algo tiene que ver el decantado de una vida de lecturas y de tratos, el oficio de escribir, la disciplina. Todos esos ingredientes nos podrían dar páginas muy correctas, y me alegra la ejemplar —ese es término— imbricación de sus ideas con su vida. Pero a

veces hay que descubrirse ante el misterio, simplemente: hay una frontera entre lo bueno y lo extraordinario que Luri cruza como salta un vallista y que es inexplicable. Y en nuestro mundo del desencantamiento, creo que no está mal saber reconocer que hay grandezas que no podemos cartografiar del todo, que quizá solo estén ahí para alumbrarnos, consolarnos, deleitarnos, admirarnos. Esa admiración da otra luz, más habitable, al mundo: por ella sabemos que hay unas cosas que merecen más la pena que otras.

Urge resituar a Luri en el catálogo de los escritores y no en el de los filósofos o pedagogos: los escritores, todavía, nos dan el vino que aligera el vivir, pero estas últimas generaciones debemos tan poco a pedagogos y filósofos que el nombre gremial le ajusta mal a don Gregorio Luri. Entiendo que haya quien se acerque a él por una sabiduría que quiere administrarse como una autoayuda, o para refrendar una visión conservadora —que comparto— del mundo. Y sí, pocos placeres como paladear la confirmación de nuestros prejuicios. Pero la prédica de Luri es para todos: coge por las solapas al mundo contemporáneo y lo lleva de la oreja al tribunal de los antiguos, con la suficiente piedad, eso sí, de descontar las locuras que, ayer y hoy, son propias de cada tiempo.

Parece que Gregorio Luri es el de mayor edad de los articulistas de *The Objective*: no diré que le vaya mal la *seniority*. Un hombre que, en sus *morceaux de bravoure*, escribe en apólogos y habla en aforismos, lo ha bebido todo en el hontanar de los clásicos. Por eso su agua, que es antigua, es siempre nueva. Me alegra pensar que, tras la traición de los pedagogos, que han quitado tantos saberes a los niños, habrá gente joven a las que le llegue algo de ese mundo clásico a través de Gregorio Luri —un mundo que, con estos eslabones, se resiste a extinguirse del todo—.

Las apuestas de un editor tienen algo que ver con la evitación de la culpa: ¿cómo no voy a apoyar esto? ¿Cómo no voy a apoyarlo si es bueno, aunque pueda parecer como el rasgar de una lira en la cacofonía competitiva de redes y de medios? Pero es mentira: todo queda. Y tiene una importancia fundamental que lo bueno no quede sin decirse. Este libro tenía que existir, y agradezco y felicito

a Encuentro por haber sabido verlo, como felicito a los lectores que se crucen con este volumen. Es la mejor lectura conservadora de unos años que, incluso aceptando el ruido del mundo, quizá hayan sido más desorientados de lo habitual. Con esto ya sería bastante. Pero, como siempre ocurre con Gregorio Luri, este libro es mucho más.

Ignacio Peyró

## RELATO CAPRICHOSE DE CINCO AÑOS DE HISTORIA COLECTIVA

Mi primer artículo en *El Subjetivo* apareció el 24 de febrero del 2016. Desde entonces he ido publicando un artículo quincenal. A lo largo de estos cinco años la historia ha seguido haciendo lo que más le gusta hacer, desmentir a los profetas, y, sin ninguna duda, *El Subjetivo* se ha convertido un medio digital de referencia en el que me encuentro perfectamente cómodo rodeado de jóvenes brillantísimos de los que alguna vez se hablará, sin duda, agavillándolos en una generación de excelentes espigas. Uno de ellos, Jorge San Miguel, se preguntaba en febrero del 2021 «si vivimos en el país que creíamos». Es obvio que no. Nunca vivimos exactamente en el país que creemos vivir, sino en sus reducciones domésticas.

De todo cuanto nos ha sucedido en este tiempo, la reducción que resaltarán los libros de historia será la pandemia de la Covid, pero como aún no sabemos cómo evolucionará esta pesadilla, no me atrevo a darle la razón al médico que aseguró en una televisión francesa que dentro de 10 o 20 años los futuros comentaristas de nuestros días se admirarán de la psicosis colectiva que nos está empujando al delirio de sacrificar el amor a la vida al miedo a la muerte. Pero no puedo negar que algo de esto hay. La prueba es que cuando la epidemia, allá en marzo del 2020, comenzó a cebarse en las residencias de ancianos, nos apresuramos a desprendernos de la moral kantiana, con sus principios categóricos que proclaman el deber de tratar a todo hombre como un fin y no como un medio, para dejar vía libre a la moral de urgencia del utilitarismo. Lo hicimos sin debate, como si fuera obvio

que la moral kantiana solo es vigente en tiempos de bonanza o como si no quisiéramos enfrentarnos al hecho de que la lógica moral del utilitarismo es una lógica sacrificial. El utilitarismo nos dice a quién hay que perjudicar sin crearnos problemas de conciencia.

El 13 de febrero del 2020 se registró oficialmente el primer fallecimiento por coronavirus en España. Todo estaba preparado —¿recuerdan?— para que el Mobile World Congress nos confirmara que el futuro ya era una rutina, que la tecnología 5G, los big data y la inteligencia artificial tomaban el mando... y, de repente, a un chino normal y corriente le da por zamparse un filete de pangolín (o de civeta o de murciélago —¡qué más da!—) y, de nuevo, el factor humano hizo un boquete en la línea de flotación de nuestras agendas y puso al mundo en alerta.

Hoy, en marzo del 2021, expresiones hasta hace tiempo completamente desconocidas por el gran público, como «fatiga pandémica» o «nuevas cepas» se han hecho habituales.

Apenas hay semana en que no reciba alguna llamada de un periodista preguntándome qué aprenderemos de todo esto. Esta insistencia me permite suponer que estaríamos dispuestos a justificar lo que nos pasa si al menos nos garantizase alguna lección de provecho. Pero los virus no poseen ninguna relación con nuestros pecados. Se limitan a seguir ciegamente sus mutaciones. No somos responsables de ellos. Los virus no saben nada ni de física ni de metafísica. Se limitan a ser cisnes negros.

¿Qué cambiará tras el coronavirus?

Lo primero que contesto a los periodistas es que no está nada claro que dejemos atrás para siempre a este virus. Después recuerdo lo poco que aprendimos de la primera guerra mundial y de la gripe española que la siguió. La historia solo enseña algo a los viejos, que se llevan a la tumba lo aprendido, mientras que los jóvenes nacen en la ignorancia y, por imposición natural, son más futurizadores que rememoradores. A ellos, que son los propietarios del futuro, la historia les reserva sus enseñanzas para cuando tengan más pasado que futuro. Sin embargo, las crisis —todas— producen una gran cantidad de literatura sobre lo que ya no volverá a pasar.

Nadie ha reflexionado más que los griegos sobre el *pátthei máthos* (πάθει μάθος), es decir, sobre las enseñanzas del dolor. Su conclusión fue que a algunos el dolor les enseña a ser humildes. Pero la humildad nunca estuvo muy de moda en política. La política, como la filosofía, tiene más afinidad con la soberbia. En plena primera ola de la pandemia, la Generalitat de Catalunya se sintió gravemente ofendida porque el gobierno de España le había mandado 1.714.000 mascarillas. ¡1.714! Se tomó esta cifra como un agravio a la historia de los catalanes. A Navarra mandaron 16.000 mascarillas. Curiosamente el año 1600 se derrumbó el claustro gótico de la Real Colegiata de Santa María de Roncesvalles y Francis Bacon descubrió la existencia de una cosa llamada «sesgo confirmatorio».

Derrida apuntó una inquietante similitud entre el animal, el criminal y el soberano. Ninguno de ellos respeta la ley. El animal (en nuestro caso, el coronavirus), simplemente la desconoce. Vive en la inconsciencia de la ley. El criminal la conoce tan bien que intenta saltársela sin correr riesgos. El soberano es el que crea la ley. ¿Y quién es en una pandemia el soberano?

Si desde la perplejidad del presente miro hacia atrás, intentando captar lo más señero de los años inmediatamente anteriores a la Covid, lo que veo es el milagro de la normalidad. Es decir, un motivo para la melancolía.

Se ha dicho alguna vez que la melancolía es la alegría del pobre. Quizás. Pero es, sobre todo, la constatación de que cuando debíamos estar aprendiendo una lección de historia, estábamos distraídos en otras cosas. No nos culpabilicemos. Esa distracción es la vida.

Si, sobreponiéndome a la melancolía, intento recoger los acontecimientos que me parecen más reseñables del tiempo en el que el virus dormía, son las siguientes 7 reducciones domésticas las que me salen al paso.

## El nacimiento de Euráfrica

Para mí, Euráfrica es el Fari. Pero no el que probablemente se imaginan, sino el que en marzo del 2015 reunió sus cuatro bártulos

y se volvió a África. Antes de marchar nos pidió un teléfono móvil en desuso para su madre viuda. A sus hermanos les llevaba camisetitas del Barça. Hicimos una colecta en el bar y le compramos un móvil nuevo. Nos dio las gracias y se fue. Y durante un tiempo estuvimos echando en falta lo que se reía cuando Antón, el camarero, le decía: «Fari, cuando cruces la carretera, sonríe, que de noche no se te ve y un día vas a tener un disgusto». Y él sonreía para nosotros mientras descargaba la calderilla de sus bolsillos sobre la barra del bar y hacía montoncitos con las monedas, agradeciendo nuestras bromas y el vaso de agua de cada día. A la noche, a eso de las diez, emergía de la oscuridad de la playa y cruzaba la vía del tren y la N-II arrastrando su carro de la compra lleno de abalorios. Vendía, sobre todo, pequeños elefantes anticrisis de un plástico vetado y quebradizo, con la trompa levantada, a un euro la unidad. «Comprar, esto contra crisis. Elefante buena suerte». Si alguien le replicaba que no estaba en crisis, el Fari hacía de los elefantes amuletos amorosos. ¿Quién no busca un trabajo más alegre o un amor más seguro? Yo solía acompañarlo por las mesas para animar a los clientes a superar la crisis por un euro. Con irregular fortuna, todo hay que decirlo. Además, un cliente que le compró un elefante tuvo un accidente doméstico y apareció una noche con muletas y un humor corrosivo que le hizo mucho daño a nuestra campaña de márquetin.

Un conductor desalmado arremetió una noche contra el carrito voluntariamente, de un golpe se lo arrancó de la mano y desparramó toda la carga de pulseras, anillos, collares y elefantes anticrisis por la Nacional II. Era bien triste oír su crujido bajo las ruedas de los coches mientras el Fari se llevaba desconcertado las manos a la cabeza.

Un día nos dijo que tenía que hacer cosas en Senegal. Y se fue. Durante meses, cuando hacía buena noche, sentados en la terraza del bar, miramos a la oscuridad, por donde ya no aparecía el Fari con su carro de la compra repleto de bisutería barata, y nos decíamos que quizás el día menos pensado, en cuanto apuntase la primavera, lo veríamos reaparecer, como los brotes verdes.



Volvió. Pero no lo hemos vuelto a ver. Sí conocemos a su hermana y a varios de sus hermanos, a los que se trajo consigo a su regreso. El Fari está ahora dirigiendo un entramado complejo formado por muchos, quizás cientos, de vendedores ambulantes. Todos trabajan para él. Lo que nadie sabe es para quién trabaja el Fari en esta nueva realidad geopolítica, Euráfrica, que se va conformando tan rápidamente ante nuestros ojos.

## La aparición de los liderazgos paradójicos

Quizás se deba a mi interés por todo lo relacionado con la infancia, la juventud y la educación, pero la cara de Greta Thunberg sobresale en mi imaginación sobre cualquier otra. Una niña sueca de 15 años decidió no asistir al colegio y plantarse frente al Parlamento de Estocolmo con una pancarta en la que se leía «Huelga escolar por el clima». Al poco tiempo, miles de estudiantes de todo el mundo se solidarizaban con ella, en una universal red de empatía generacional cuyo centro era la ceñuda cara de Greta. A los pocos meses tomó la palabra en la ONU para decirles a los líderes mundiales que no se estaban comportando como adultos responsables y no eran «suficientemente maduros para decir las cosas como son». Los líderes aplaudieron yo diría que con entusiasmo sincero el rapapolvo de la adolescente. Y Greta alzó la voz: «Ustedes dicen que aman a sus hijos por encima de todo, pero les están robando su futuro en su misma cara». Los líderes volvieron a aplaudir. Yo veo aquí una oceánica desorientación moral. Pero es muy probable que esté completamente equivocado, dado que cada vez que he intentado argumentar mi posición me veo enfrentado a un alud de críticas, por insensible. Me temo que, muerto Dios, andamos como ovejas descarriadas en busca de un motivo moral que nos haga las veces de pastor y cuando lo encontramos nos aferramos a él con más pasión que lógica.

Mientras escribo estas líneas, en las capitales catalanas y en otras ciudades de España se están produciendo manifestaciones muy poco pacíficas en defensa del rapero Pablo Hasél, un provocador

profesional, elevado a apóstol de la libertad de expresión tras ser condenado y encarcelado por decir barbaridades (lo que vuelve a demostrar que es mucho más fácil ejercitar la libertad de expresión que la de pensamiento). Entre los objetos del desprecio de Hasél se encuentran periodistas —está condenado por atacar a uno— y las mujeres, con las que usa generosamente el calificativo de «zorras». Sin embargo, se ha ganado el apoyo de la ministra de Igualdad. Mientras en Lérida los manifestantes rompían escaparates de tiendas y quemaban contenedores, gritaban «PSOE y Podemos represores», pero varios dirigentes de Podemos, partido que está gobernando en España, daban alas a las protestas al considerarlas justificadas, a pesar de que para defender la libertad de expresión los manifestantes no dudaron en atacar las sedes de medios de comunicación —la de TV3 en Lérida y la de *El Periódico* en Barcelona—. Hay que reconocer que tiene su qué volver a casa después de una mani revolucionaria con un bolso de Louis Vuitton.

## De Rajoy a Sánchez, pasando por Podemos

La sustitución de Rajoy por Sánchez mediante una moción de censura que contó con unas alianzas que hasta hace pocos años parecían imposibles significa, a mi modo de ver, algo mucho más profundo que una alternancia de gobierno. Hemos visto a Bildu aprobando los presupuestos generales del Estado. Una figura importante dentro del socialismo me insinuaba que ese gesto debía leerse como un nuevo abrazo de Vergara. El caso es que Rajoy, que parecía el único político español capaz de convivir con el caos sin que le temblase ni la ceniza del puro ni la página del *Marca*, fue sustituido por un político capaz de gobernar con Podemos y el apoyo parlamentario de los independentistas catalanes y vascos. Como era previsible, el aliado podemita, ascendido a vicepresidente, se está mostrando como el más fiel enemigo del gobierno del que forma parte.

— Toda la gente de bien está con usted —le dijo una mujer a un candidato a presidente de gobierno.

# LA MERMELADA SENTIMENTAL

«Es un hecho: le hemos encontrado gusto a la incontinencia afectiva. Se ha producido una mutación emotivista de las relaciones entre lo público y lo íntimo».

Gregorio Luri, siempre sensato y lúcido, enhebra los artículos que ha ido publicando en *The Objective* reuniéndolos con un fino hilo común: ese emotivismo que nos impulsa a pensar sintiendo haciéndonos creer que las cosas son más verdaderas cuando más las sentimos o que más vale una emoción (especialmente en el caso de la indignación y el entusiasmo) que un silogismo.

Josep Pla nos advirtió de que «la tendencia a la mermelada sentimental lo pringa todo». Pero también nos ofreció un sabio consejo: «¿Sentido de la vida? Aquí lo tienes, el sentido de la vida... ¡Ármate de tu zurrón y de tu escopeta de caña y sal a la caza de las melodías de este mundo, que cada vez vuelan más altas».

«Este libro tenía que existir (...) Es la mejor lectura conservadora de unos años que, incluso aceptando el ruido del mundo, quizá hayan sido más desorientados de lo habitual. Con esto ya sería bastante. Pero, como siempre ocurre con Gregorio Luri, este libro es mucho más» —Ignacio Peyró.



ISBN: 978-84-1339-067-3



9 788413 390673